

soc 03 - 02a

17 copias

ERIC HOBSBAWM

**LA ERA  
DEL IMPERIO,  
1875-1914**

CRÍTICA  
GRIJALBO MONDADORI  
BUENOS AIRES

- divisiones de los trabajadores, 130; incendio del Karltheater en (1881), 337; marxismo en, 276; población de, 29; «Secesión» de, 232, 241
- Villa, Pancho, 300
- vino y la plaga de la filoxera, 44
- Visconti, Luchino: *Muerte en Venecia*, 179
- vitalismo, 263
- Vivekananda, Swami, 273
- voto de la mujer, derecho de, 96, 211-212, 223
- Wagner, Otto, 243
- Wagner, Richard, 230, 237
- Wallas, Graham, 115
- Walras, Léon, 280
- Wanamakers, grandes almacenes, 37
- Warner Brothers, industria cinematográfica, 248
- Wassermann, August von, 260
- Watson, J. B., 280
- Webb, Beatrice, 98, 195, 203, 221, 222, 283
- Webb, Sidney, 98, 195, 283
- Weber, Max, 98, 162, 183 n., 186 n., 190, 199, 224, 281-284
- Wedekind, Frank, 281
- Weiner Werkstatt, 239
- Weininger, Otto: *Sexo y carácter*, 217
- Weizmann, Chaim, 172
- Wells, D. A., 43
- Wells, H. G., 93, 231
- Werfel, Franz, 245
- Westermarck, Edward Alexander: *Historia del matrimonio humano*, 225
- Whiteleys Universal Store, 178
- Whitman, Walt, 27
- Who's Who* británico, 184 n.
- Wilde, Oscar, 224, 233, 235, 238, 347; *Salomé*, 237
- Williams, E. E.: *Made in Germany*, 51
- Williams, Ralph Vaughan, véase Vaughan Williams, Ralph
- Wilson, escándalo (1885), 107
- Wilson, Woodrow, presidente, 154, 346
- Wimborne, lady, 195
- Wister, Owen, 163 n.
- Wittgenstein, Ludwig, 269
- Wollstonecraft, Mary, 227
- Woolf, Virginia, 195
- World's Classics, serie de literatura, 231
- Wundt, Wilhelm, 280
- xenofobia, 162, 163, 168
- Yeats, William Butler, 235, 244, 272
- yiddish, lengua, 157
- Zabern, escándalo de (1913), 111
- Zaharoff, sir Basil, 317
- Zanardelli, Giuseppe, 112
- Zapata, Emiliano, 299, 300
- Zasulich, Vera, 222
- Zenón, filósofo griego, 255 n.
- Zola, Émile, 238

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i> . . . . .	7
<i>Introducción</i> . . . . .	9
1. La revolución centenaria . . . . .	21
2. La economía cambia de ritmo . . . . .	42
3. La era del imperio . . . . .	65
4. La política de la democracia . . . . .	94
5. Trabajadores del mundo . . . . .	122
6. Banderas al viento: las naciones y el nacionalismo . . . . .	152
7. Quién es quién o las incertidumbres de la burguesía . . . . .	175
8. La nueva mujer . . . . .	202
9. La transformación de las artes . . . . .	229
10. Certidumbres socavadas: la ciencia . . . . .	252
11. La razón y la sociedad . . . . .	271
12. Hacia la revolución . . . . .	285
13. De la paz a la guerra . . . . .	310
Epílogo . . . . .	337
Cuadros y mapas . . . . .	351
Notas . . . . .	366
Lecturas complementarias . . . . .	379
Índice alfabético . . . . .	389

## 5. TRABAJADORES DEL MUNDO

Conoci a un zapatero llamado Schröder .... Luego se fue a América .... Me dio algunos periódicos para leer y leí un poco porque estaba aburrido y entonces cada vez me sentí más interesado .... Describían la miseria de los trabajadores y cómo dependían de los capitalistas y los señores de una forma muy vívida y auténtica que realmente me sorprendió. Era como si mis ojos hubieran estado cerrados antes. ¡Condenación!, lo que escribían en esos periódicos era la *verdad*. Toda mi vida hasta ese día era la prueba fehaciente.

Un trabajador alemán, hacia 1911<sup>1</sup>

Ellos [los trabajadores europeos] creen que los grandes cambios sociales están próximos, que las clases han bajado el telón sobre la comedia humana del gobierno, que el día de la democracia está al alcance y que las luchas de los trabajadores conseguirán preeminencia sobre las guerras entre las naciones que significan batallas sin causa entre los obreros.

SAMUEL GOMPERS, 1909<sup>2</sup>

Una vida proletaria, una muerte proletaria y la incineración en el espíritu del progreso cultural.

Lema de «La Llama», asociación funeraria de los trabajadores austríacos<sup>3</sup>

I

Con la ampliación del electorado, era inevitable que la mayor parte de los electores fueran pobres, inseguros, descontentos o todas esas cosas a un tiempo. Era inevitable que estuvieran dominados por su situación económica y social y por los problemas de ella derivados; en otras palabras, por la situación de su clase. Era el proletariado la clase cuyos efectivos se estaban incrementando de forma más visible conforme la marea de la industrialización barría todo el Occidente, cuya presencia se hacía cada vez más evidente y cuya conciencia de clase parecía amenazar de forma más directa el sistema

social, económico y político de las sociedades modernas. Era el proletariado al que se refería el joven Winston Churchill (a la sazón ministro de un Gabinete liberal) cuando advirtió en el Parlamento que si se colapsaba el sistema político bipartidista liberal-conservador sería sustituido por la política clasista.

El número de los que ganaban su sustento mediante el trabajo manual, por el que recibían un salario, estaba aumentando en todos los países inundados por la marea del capitalismo occidental, desde los ranchos de la Patagonia y las minas de nitrato de Chile hasta las minas de oro heladas del noreste de Siberia, escenario de una huelga y una masacre espectaculares en vísperas de la primera guerra mundial. Existían trabajadores asalariados en todos los casos en que las ciudades modernas necesitaban trabajos de construcción o servicios municipales que habían llegado a ser indispensables en el siglo XIX —gas, agua, alcantarillado— y en todos aquellos lugares por los que atravesaba la red de puertos, ferrocarriles y telégrafos que unían todas las zonas del mundo económico. Las minas se distribuían en lugares remotos de los cinco continentes. En 1914 se explotaban incluso pozos de petróleo a escala importante en América del Norte y Central y en el este de Europa, el sureste de Asia y el Medio Oriente. Lo que es aún más importante, incluso en países fundamentalmente agrícolas los mercados urbanos se aprovisionaban de comida, bebida, estimulantes y productos textiles elementales gracias al trabajo de una mano de obra barata que trabajaba en establecimientos industriales de algún tipo, y en algunos de esos países —por ejemplo, la India— había comenzado a aparecer una importante industria textil e incluso del hierro y del acero. Pero donde el número de trabajadores asalariados se multiplicó de forma más espectacular y donde llegaron a formar una clase específica fue fundamentalmente en los países donde la industrialización había comenzado en época temprana y en aquellos otros que, como hemos visto, iniciaron el período de revolución industrial entre 1870 y 1914, es decir, esencialmente en Europa, Norteamérica, Japón y algunas zonas de ultramar de colonización predominantemente blanca.

Sus filas se engrosaron básicamente mediante la transferencia a partir de las dos grandes reservas de mano de obra preindustrial, el artesanado y el paisaje agrícola, donde se aglutinaba todavía la mayoría de los seres humanos. A finales de la centuria la urbanización había avanzado de forma más rápida y masiva de lo que lo había hecho hasta entonces en ningún momento de la historia y había importantes corrientes migratorias —por ejemplo, en el Reino Unido y entre la población judía del este de Europa— procedentes de las ciudades pequeñas. Este sector de la población pasaba de un trabajo no agrícola a otro. En cuanto a los hombres y mujeres que huían del campo (*Landflucht*, si utilizamos el término en boga en ese momento), muy pocos de ellos tenían la oportunidad de trabajar en la agricultura aunque lo desearan.

Por lo que respecta a las explotaciones modernizadas de Occidente, exigían menos mano de obra permanente que antes, aunque empleaban con frecuencia mano de obra migratoria estacional, muchas veces procedente de lugares lejanos, sobre la que los dueños de las explotaciones no tenían res-

ponsabilidad alguna cuando terminaba la estación de trabajo: los *Sachsengänger* de Polonia en Alemania, las «golondrinas» italianas en Argentina,\* y en Estados Unidos los vagabundos, pasajeros furtivos en los trenes e incluso, ya en ese momento, los mexicanos. En cualquier caso, el progreso agrícola implicaba la reducción de la mano de obra. En 1910, en Nueva Zelanda, que carecía de una industria importante y cuyo sustento dependía por completo de una agricultura extraordinariamente eficaz, especializada en la ganadería y en los productos lácteos, el 54 por 100 de la población vivía en ciudades, y el 40 por 100 (porcentaje que doblaba el de Europa sin contar Rusia) trabajaba en el sector terciario.<sup>5</sup>

Por otra parte, la agricultura tradicional de las regiones atrasadas no podía seguir proporcionando tierra para los posibles campesinos cuyo número se multiplicaba en las aldeas. Lo que deseaban la mayor parte de ellos, cuando emigraban, no era terminar su vida como jornaleros. Deseaban «conquistar América» (o el país al que se trasladaran), en la esperanza de ganar lo suficiente después de algunos años como para comprar alguna propiedad, una casa, y conseguir el respeto de sus vecinos como hombre acomodado en alguna aldea siciliana, polaca o griega. Una minoría regresaba a sus lugares de origen, pero la mayor parte de ellos permanecía, alimentando las cuadrillas de trabajadores de la construcción, de las minas, de las acerías y de otras actividades del mundo urbano o industrial que necesitaban una mano de obra resistente y poco más. Sus hijas y esposas trabajaban en el servicio doméstico.

Al mismo tiempo, la producción mediante máquinas y en las fábricas afectó negativamente a un número importante de trabajadores que hasta finales del siglo XIX fabricaban la mayor parte de los bienes de consumo familiar en las ciudades —vestido, calzado, muebles, etc.— por métodos artesanales, que iban desde los del orgulloso maestro artesano hasta los del modesto taller o las costureras que cosían en el desván. Aunque su número no parece haber disminuido de forma muy considerable, sí lo hizo su participación en la fuerza de trabajo, a pesar del espectacular incremento que conoció la producción de los bienes que ellos fabricaban. Así, en Alemania, el número de trabajadores de la industria del calzado sólo disminuyó ligeramente entre 1882 y 1907, de unos 400.000 a unos 370.000, mientras que el consumo de cuero se duplicó entre 1890 y 1910. Sin duda alguna, la mayor parte de esa producción adicional se lograba en las aproximadamente 1.500 fábricas de mayor tamaño (cuyo número se había triplicado desde 1882 y que empleaban ahora seis veces más trabajadores que en aquella fecha) y no en los pequeños talleres que no contrataban ningún trabajador, o en todo caso menos de diez, cuyo número había descendido en un 20 por 100 y que ahora utilizaban únicamente el 63 por 100 de los trabajadores del calzado, frente al 93 por 100 en 1882.<sup>6</sup> En los países de rápida industrialización, el

\* Se dice que se negaban a aceptar ofertas para trabajar en la cosecha en Alemania porque el viaje desde Italia a Suramérica era más barato y fácil y los salarios más altos.<sup>4</sup>

sector manufacturero preindustrial también constituía una pequeña, aunque no desdeñable, reserva para la contratación de nuevos trabajadores.

Por otra parte, el número de proletarios en las economías en proceso de industrialización se incrementó también de manera fulminante como consecuencia de la demanda casi ilimitada de mano de obra en ese período de expansión económica, demanda que se centraba en gran medida en la mano de obra preindustrial preparada ahora para afluir a los sectores en expansión. En aquellos sectores en los que la industria se desarrollaba mediante una especie de maridaje entre la destreza manual y la tecnología del vapor, o en los que, como en la construcción, sus métodos no habían cambiado sustancialmente, la demanda se centraba en los viejos artesanos especializados, o en aquellos oficios especializados como herreros o cerrajeros que se habían adaptado a las nuevas industrias de fabricación de maquinaria. Esto no carecía de importancia, por cuanto los artesanos especializados, sector de asalariados existente ya en la época preindustrial, constituían muchas veces el núcleo más activo, culto y seguro de sí mismo de la nueva clase proletaria: el líder del partido socialdemócrata alemán era un tornero de piezas de madera (August Bebel), y el del partido socialista español, un tipógrafo (Pablo Iglesias).

En aquellos sectores en que el trabajo industrial no estaba mecanizado y no exigía ninguna destreza específica, no sólo estaba al alcance de los trabajadores no cualificados, sino que al emplear gran cantidad de mano de obra, multiplicaba el número de tales trabajadores conforme aumentaba la producción. Consideremos dos ejemplos evidentes: tanto la construcción, que proveía la infraestructura de la producción, del transporte y de las grandes urbes en rápida expansión, como la minería, que producía la forma básica de energía de este período —el vapor—, empleaban auténticos ejércitos de trabajadores. En Alemania, la industria de la construcción pasó de aproximadamente medio millón en 1875 hasta casi 1,7 millones en 1907, o desde un 10 por 100 hasta casi el 16 por 100 de la mano de obra. En 1913 no menos de 1.250.000 hombres extraían en el Reino Unido (800.000 en Alemania en 1907) el carbón que permitía el funcionamiento de las economías del mundo. (En 1895, el número de trabajadores del carbón en esos países era de 197.000 y 137.500.) Por otra parte, la mecanización, que pretendía sustituir la destreza y la experiencia manuales por secuencias de máquinas o procesos especializados, y era realizada por una mano de obra más o menos sin especializar, acogió de buen grado la desesperanza y los bajos salarios de los trabajadores sin experiencia, muy en especial en los Estados Unidos, donde no abundaban los trabajadores especializados del período preindustrial, que no eran tampoco muy buscados. («El deseo de ser trabajador especializado no es general», afirmó Henry Ford.)<sup>7</sup>

Cuando el siglo XIX estaba tocando a su fin, ningún país industrial en proceso de industrialización o de urbanización podía dejar de ser consciente de esas masas de trabajadores sin precedentes históricos, aparentemente anónimas y sin raíces, que constituían una proporción creciente y, según parecía, inevitablemente en aumento de la población y que, probablemente, a no tar-



dar constituirían la mayor parte de ésta. La diversificación de las economías industriales, sobre todo por el incremento de las ocupaciones del sector terciario —oficinas, tiendas y servicios—, no hacía sino comenzar, excepto en los Estados Unidos, donde los trabajadores del sector terciario eran ya más numerosos que los obreros. En los demás países parecía predominar la situación inversa. Las ciudades, que en el período preindustrial estaban habitadas fundamentalmente por personas empleadas en el sector terciario, pues incluso los artesanos solían ser también tenderos, se convirtieron en centros de manufactura. En las postrimerías del siglo XIX, aproximadamente los dos tercios de la población ocupada en las grandes ciudades (es decir, en ciudades de más de 100.000 habitantes) estaban empleados en la industria.\*

A quienes dirigieran su mirada atrás desde los años finales de la centuria, les sorprendería fundamentalmente el avance de los ejércitos de la industria y en cada ciudad o región el progreso de la especialización industrial. La típica ciudad industrial, por lo general de entre 50.000 y 300.000 habitantes —por supuesto en los comienzos del siglo cualquier ciudad de más de 100.000 habitantes habría sido considerada como muy grande—, tendía a evocar una imagen monocroma o a lo sumo de dos o tres colores asociados: textiles en Roubaix o Lodz, Dundee o Lowell; carbón, hierro y acero solos o en combinación en Essen o Middlesbrough; armamento y construcción de barcos en Jarrow y Barrow; productos químicos en Ludwigshafen o Widnes. En este sentido, difería del tamaño y variedad de la megalópolis con varios millones de habitantes, fuera o no ésta la capital de un país. Aunque algunas de las grandes capitales también eran centros industriales importantes (Berlín, San Petersburgo, Budapest), por lo general las capitales no ocupaban una posición central en el tejido industrial del país.

Aunque esas masas eran heterogéneas y nada uniformes, la tendencia de cada vez mayor número de ellas a funcionar como partes de empresas grandes y complejas, en fábricas que albergaban desde varios centenares a muchos miles de trabajadores, parecía ser universal, especialmente en los nuevos centros de la industria pesada. Krupp en Essen, Vickers en Barrow, Armstrong en Newcastle, contaban por decenas de millares los trabajadores de sus diversas factorías. Los que trabajaban en esas fábricas gigantes eran una minoría. Incluso en Alemania la media de individuos empleados en unidades con más de diez trabajadores era de sólo 23-24 en 1913,<sup>9</sup> pero constituían una minoría cada vez más visible y potencialmente formidable. Y con independencia de lo que pueda concluir el historiador de forma retrospectiva, para los contemporáneos la masa de trabajadores era grande, sin duda se estaba incrementando y lanzaba una sombra oscura sobre el orden establecido de la sociedad y la política. ¿Qué ocurriría si se organizaban políticamente como una clase?

Esto fue precisamente lo que ocurrió, a escala europea, súbitamente y con extraordinaria rapidez. En todos los sitios donde lo permitía la política democrática y electoral comenzaron a aparecer y crecieron con enorme rapidez partidos de masas basados en la clase trabajadora, inspirados en su mayor

parte por la ideología del socialismo revolucionario (pues por definición todo socialismo era considerado como revolucionario) y dirigidos por hombres —e incluso a veces por mujeres— que creían en esa ideología. En 1880 apenas existían, con la importante excepción del Partido Socialdemócrata alemán, unificado recientemente (1875) y que era ya una fuerza electoral con la que había que contar. En 1906 su existencia era un hecho tan normal que un autor alemán pudo publicar un libro sobre el tema «¿Por qué no existe socialismo en los Estados Unidos?»<sup>10</sup> La existencia de partidos de masas obreros y socialistas se había convertido en norma; era su ausencia lo que parecía sorprendente.

De hecho, en 1914 existían partidos socialistas de masas incluso en los Estados Unidos, donde el candidato de ese partido obtuvo casi un millón de votos, y también en Argentina, donde el partido consiguió el 10 por 100 de los votos en 1914, en tanto que en Australia un partido laborista, ciertamente no socialista, formó ya el gobierno federal en 1912. Por lo que respecta a Europa, los partidos socialistas y obreros eran fuerzas electorales de peso casi en todas partes donde las condiciones lo permitían. Ciertamente, eran minoritarios, pero en algunos estados, sobre todo en Alemania y Escandinavia, constituían ya los partidos nacionales más amplios, aglutinando hasta el 25-40 por 100 de los sufragios, y cada ampliación del derecho de voto revelaba a las masas industriales dispuestas a elegir el socialismo. No sólo votaban, sino que se organizaban en ejércitos gigantescos: el partido obrero belga, en su pequeño país, contaba con 276.000 miembros en 1911, el gran SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, «Partido Socialdemócrata Alemán») poseía más de un millón de afiliados, y las organizaciones de trabajadores, no tan directamente políticas —los sindicatos y sociedades cooperativas—, vinculadas con esos partidos y fundadas a menudo por ellos, eran todavía más masivas.

Pero no todos los ejércitos de los trabajadores eran tan amplios, sólidos y disciplinados como en el norte y centro de Europa. No obstante, incluso allí donde los partidos de los trabajadores consistían en grupos de activistas irregulares, o de militantes locales, dispuestos a dirigir las movilizaciones cuando estallaban, los nuevos partidos obreros y socialistas tenían que ser tomados en consideración. Eran un factor significativo de la política nacional. Así, el partido francés, cuyos miembros en 1914 —76.000— no estaban unidos ni eran muy numerosos, consiguieron 103 diputados, gracias a que acumularon 1,4 millones de votos. El partido italiano, con una afiliación todavía más modesta —50.000 en 1914—, obtuvo casi un millón de sufragios.<sup>11</sup> En resumen, los partidos obreros y socialistas veían cómo engrosaban sus filas a un ritmo que, según el punto de vista de quien lo considerara, resultaba extraordinariamente alarmante o maravilloso. Sus líderes exultaban realizando triunfantes extrapolaciones de la curva del crecimiento pasado. El proletariado estaba destinado —bastaba con dirigir la mirada al industrial Reino Unido y al registro de los censos nacionales a lo largo de los años— a convertirse en la gran mayoría de la población. El proletariado estaba afi-

liándose a sus partidos. Según los socialistas alemanes, tan sistemáticos y amantes de la estadística, sólo era cuestión de tiempo que esos partidos superaran la cifra mágica del 51 por 100 de los votos, lo cual, en los estados democráticos, debía constituir, sin duda, un punto de inflexión decisivo. O como rezaba el nuevo himno socialista: «La Internacional será la especie humana».

No debemos compartir este optimismo, que resultó infundado. Con todo, en los años anteriores a 1914 era evidente que incluso los partidos que estaban alcanzando los éxitos más milagrosos tenían todavía enormes reservas de apoyo potencial que podían movilizar, y que estaban movilizando. Es natural que el extraordinario desarrollo de los partidos socialistas obreros desde el decenio de 1880 creara en sus miembros y seguidores, así como en sus líderes, un sentimiento de emoción, de maravillosa esperanza respecto a la inevitabilidad histórica de su triunfo. Nunca hasta entonces se había vivido una era de esperanza similar para aquellos que trabajaban con sus manos en la fábrica, el taller y la mina. En palabras de una canción socialista rusa: «Del oscuro pasado surge brillante la luz del futuro».

## II

A primera vista, ese notable desarrollo de los partidos obreros era bastante sorprendente. Su poder radicaba fundamentalmente en la sencillez de sus planteamientos políticos. Eran los partidos de todos los trabajadores manuales que trabajaban a cambio de un salario. Representaban a esa clase en sus luchas contra los capitalistas y sus estados, y su objetivo era crear una nueva sociedad que comenzaría con la liberación de los trabajadores gracias a su propia actuación y que liberaría a toda la especie humana, con la excepción de la cada vez más reducida minoría de los explotadores. La doctrina del marxismo, formulada como tal entre el momento de la muerte de Marx y los últimos años de la centuria, dominó cada vez más la mayoría de los nuevos partidos, porque la claridad con que enunciaba esos objetivos le prestaba un enorme poder de penetración política. Bastaba saber que todos los trabajadores tenían que integrarse en esos partidos o apoyarlos, pues la historia garantizaba su futura victoria.

Eso suponía la existencia de una clase de los trabajadores suficientemente numerosa y homogénea como para reconocerse en la imagen marxista del «proletariado» y lo bastante convencida de la validez del análisis socialista de su situación y sus tareas, la primera de las cuales era formar partidos socialistas y, con independencia de cualquier otra actividad, comprometerse en la acción política. (No todos los revolucionarios se mostraban de acuerdo con esa primacía de la política, pero por el momento podemos dejar al margen a esa minoría antipolítica, inspirada por ideas asociadas con el anarquismo.)

Pero prácticamente todos los observadores del panorama obrero se mostraban de acuerdo en que «el proletariado» no era ni mucho menos una masa homogénea, ni siquiera en el seno de las diferentes naciones. De hecho, an-

tes de la aparición de los nuevos partidos se hablaba generalmente de «las clases trabajadoras», en plural más que en singular.

Lo cierto es que las divisiones existentes en las masas a las que los socialistas clasificaban bajo el epígrafe de «proletariado» eran tan importantes que tenían que impedir cualquier afirmación práctica de una conciencia de clase unificada.

El proletariado clásico de la fábrica industrial moderna, con frecuencia una minoría reducida pero en rápido incremento, era muy diferente del grueso de los trabajadores manuales que trabajaban en pequeños talleres, en las casas rurales, en las habitaciones interiores de las casas de las ciudades o al aire libre, así como también de la jungla laberíntica de los trabajadores asalariados que llenaban las ciudades y —aun dejando aparte la agricultura— el campo. Los trabajadores de las industrias, los artesanos y otras ocupaciones, con frecuencia muy localizados y con unos horizontes muy limitados geográficamente, no creían que sus problemas y su situación fueran idénticas. ¿Qué tenían en común, por ejemplo, los caldereros, profesión desempeñada exclusivamente por hombres, y las tejedoras, que en el Reino Unido eran fundamentalmente mujeres, y en las mismas ciudades portuarias, los trabajadores especializados de los astilleros, los estibadores, los trabajadores de la confección y los de la construcción? Estas divisiones no eran sólo verticales, sino también horizontales: entre artesanos y trabajadores, entre gentes y ocupaciones «respetables» (que se respetaban a sí mismos y eran respetados) y el resto, entre la aristocracia del trabajo, el lumpenproletariado y los que quedaban en medio de ambas clases, y, asimismo, entre estratos diferentes de los oficios especializados, donde el tipógrafo miraba por encima del hombro al albañil y éste al pintor de brocha gorda. Además, no había sólo divisiones, sino también rivalidades entre grupos equivalentes, cada uno de los cuales intentaba monopolizar un tipo de trabajo: rivalidades exasperadas por las innovaciones tecnológicas que transformaban viejos procesos, creaban otros nuevos, dejaban obsoletas viejas profesiones y disolvían las nítidas definiciones tradicionales de lo que era competencia, por ejemplo, del cerrajero y del herrero. Cuando los empresarios eran fuertes y los trabajadores débiles, la dirección, a través de las máquinas y las órdenes, imponía su propia división del trabajo, pero en los restantes casos los trabajadores especializados podían enzarzarse en duras «disputas de demarcación» que afectaron a los astilleros británicos, sobre todo en el decenio de 1890, abocando con frecuencia a trabajadores no implicados en esas luchas interocupacionales a una ociosidad incontrolable e innecesaria.

Aparte de todas esas diferencias existían otras, más obvias incluso, de origen social, geográfico, de nacionalidad, lengua, cultura y religión, que necesariamente tenían que aparecer porque la industria reclutaba sus ejércitos cada vez más numerosos en todos los rincones del país y, asimismo, en esa era de emigración internacional y transoceánica masiva, en el extranjero. Lo que desde un punto de vista parecía una concentración de hombres y mujeres en una sola «clase obrera», podía ser considerado desde otro punto de



vista como una gigantesca dispersión de los fragmentos de las sociedades, una diáspora de viejas y nuevas comunidades. En tanto en cuanto esas decisiones mantenían distanciados a los trabajadores entre sí, eran útiles para los empresarios que, desde luego, las impulsaron, sobre todo en los Estados Unidos, donde el proletariado estaba formado en gran medida por una variedad de inmigrantes extranjeros. Incluso una organización tan militante como la Federación Occidental de los Mineros de las Montañas Rocosas corrió el peligro de verse disgregada por los enfrentamientos entre los mineros de Cornualles cualificados y metodistas, especialistas en las rocas duras, que aparecían en cualquier lugar del planeta donde el metal se extraía comercialmente, y los menos cualificados católicos irlandeses, que aparecían allí donde se necesitaba fuerza y trabajo duro, en las fronteras del mundo de habla inglesa.

Con independencia de lo que pudiera ocurrir respecto a las restantes diferencias que existían en el seno de la clase obrera, no cabe duda de que las diferencias de nacionalidad, religión y lengua la dividieron. El caso de Irlanda resulta trágicamente familiar. Pero incluso en Alemania los trabajadores católicos se resistían con mucha mayor fuerza que los protestantes a acercarse a la socialdemocracia, y en Bohemia los trabajadores checos se oponían a la integración en un movimiento panaustríaco dominado por trabajadores de habla alemana. El apasionado internacionalismo de los socialistas —los trabajadores, decía Marx, no tienen país, sino solamente una clase— atraía a los movimientos obreros, no sólo por su ideal, sino también porque muchas veces era el requisito fundamental de su operatividad. ¿Cómo, si no, se podía movilizar a los trabajadores en una ciudad como Viena, donde un tercio de ellos eran inmigrantes checos, o en Budapest, donde los trabajadores cualificados eran alemanes y el resto eslovacos o magiares? El gran centro industrial de Belfast mostraba, y muestra todavía, lo que podía ocurrir cuando los trabajadores se identificaban fundamentalmente como católicos y protestantes y no como trabajadores o como irlandeses.

Por fortuna, los llamamientos al internacionalismo o, lo que era lo mismo en los países grandes, al interregionalismo, no fueron totalmente ineficaces. Las diferencias de lengua, nacionalidad y religión no hicieron imposible la formación de una conciencia de clase unificada, especialmente cuando los grupos nacionales de trabajadores no competían entre sí, por cuanto cada uno tenía su lugar en el mercado de trabajo. Sólo plantearon grandes dificultades cuando esas diferencias expresaban, o simbolizaban, profundos conflictos de grupo que hacen desaparecer las líneas de clase, o diferencias en el seno de la clase obrera que parecían incompatibles con la unidad de todos los trabajadores. Los trabajadores checos se mostraban suspicaces ante los trabajadores alemanes no en tanto que trabajadores, sino como miembros de una nación que trataba a los checos como seres inferiores. Los trabajadores católicos del Ulster no podían sentirse impresionados por los llamamientos a la unidad de clase cuando veían cómo entre 1870 y 1914 los católicos quedaban cada vez más excluidos de los trabajos cualificados en la industria que, en consecuencia, se convirtieron en virtual monopolio de los trabajadores

protestantes con la aprobación de sus sindicatos. A pesar de todo, la fuerza de la experiencia de clase era tal, que la identificación alternativa del trabajador con algún otro grupo en clases trabajadoras plurales —como polaco, católico o cualquier otra— estrechaba antes que sustituía la identificación de clase. Una persona se sentía trabajador, pero trabajador específicamente checo, polaco o católico. La Iglesia católica, pese a su profunda hostilidad hacia la división y conflicto de clases, se vio obligada a formar, o cuando menos a tolerar, sindicatos obreros, incluso sindicatos católicos —por lo general en este período no muy amplios—, aunque habría preferido organizaciones conjuntas de empresarios y trabajadores. Lo que realmente excluían las identificaciones alternativas no era la conciencia de clase como tal, sino la conciencia política de clase. Así, existía un movimiento sindical y las tendencias habituales a constituir un partido obrero, incluso en el campo de batalla sectario del Ulster. Pero la unidad de los trabajadores sólo era posible cuando quedaban excluidas de la discusión las dos cuestiones que dominaban la existencia y el debate político: la religión y la autonomía (*Home Rule*) para Irlanda, sobre la cual no podían estar de acuerdo los trabajadores católicos y protestantes, los *green* y los *orange*. En tales circunstancias era posible que existiera un movimiento sindical y una lucha industrial de algún tipo, pero no —excepto en el seno de cada comunidad y sólo de forma débil e intermitente— un partido basado en la identificación de clase.

A estos factores que dificultaban la organización y la formación de la conciencia de clase de los trabajadores hay que añadir la estructura heterogénea de la economía industrial en su proceso de desarrollo. En este punto el Reino Unido constituía la excepción, pues existía ya un fuerte sentimiento de clase, no político, y una organización de la clase obrera. La antigüedad —y el arcaísmo— de la industrialización pionera de este país había permitido que un sindicalismo bastante primitivo, fundamentalmente descentralizado y formado en esencia por sindicatos de oficios, echara raíces en las industrias básicas del país que, por una serie de razones, se desarrolló no tanto mediante la sustitución de la mano de obra por la maquinaria como por la combinación de las operaciones manuales y el vapor como fuente de energía. En todas las grandes industrias del que fuera en otro tiempo «taller del mundo» —en las industrias del algodón, la minería y la metalurgia, la construcción de máquinas y barcos (la última industria dominada por el Reino Unido)— existía un núcleo de organización de la clase obrera, por oficios o actividades, capaz de transformarse en un sindicalismo de masas. Entre 1867 y 1875, los sindicatos consiguieron un estatus legal y unos privilegios tan importantes que los empresarios militantes, los gobiernos conservadores y los magistrados no consiguieron reducirlos o abolirlos hasta el decenio de 1980. La organización de la clase obrera no era tan sólo aceptada, sino muy poderosa, especialmente en el lugar de trabajo. Ese poder excepcional, realmente único, de la clase obrera crearía cada vez mayores problemas para la economía industrial británica en el futuro, e incluso en el período que estamos estudiando, graves dificultades para los industriales que deseaban mecanizarla o administrarla.

Antes de 1914 fracasaron en casi todos los momentos cruciales, pero para nuestros propósitos basta señalar la anomalía del Reino Unido en este sentido. La presión política podía ayudar a reforzar la resistencia del taller, pero no tenía que ocupar su lugar.

La situación era muy diferente en los demás países. En general sólo existían sindicatos eficaces en los márgenes de la industria moderna y, especialmente, a gran escala: en los talleres y en las empresas de tamaño pequeño y medio. En teoría, la organización podía ser nacional, pero en la práctica se hallaba extraordinariamente localizada y descentralizada. En países como Francia e Italia, los grupos efectivos eran alianzas de pequeños sindicatos locales agrupados en torno a las casas gremiales locales. La federación nacional francesa de sindicatos (CGT: *Confédération Générale du Travail*, «Confederación General del Trabajo») exigía únicamente un mínimo de tres sindicatos locales para constituir un sindicato nacional.<sup>12</sup> En las grandes fábricas de las industrias modernas los sindicatos no tenían una presencia importante. En Alemania, la fuerza de la socialdemocracia y de sus «sindicatos libres» no se manifestaba en las industrias pesadas de Renania y el Ruhr. En cuanto a los Estados Unidos, el sindicalismo fue prácticamente eliminado en las grandes industrias durante el decenio de 1890 —no volvería a surgir hasta la década de 1930—, pero sobrevivió en la pequeña industria y en los sindicatos de la construcción, protegidos por el localismo del mercado en las grandes ciudades, donde la rápida urbanización, por no mencionar la política de corrupción y de contratos municipales, les concedió mayor protagonismo. La única alternativa real al sindicato local de pequeños grupos de trabajadores organizados, al sindicato de oficios (fundamentalmente de trabajadores cualificados), era la movilización ocasional, y raras veces permanente, de masas de trabajadores en huelgas intermitentes, pero también esta era una acción básicamente local.

Había tan sólo algunas notables excepciones, entre las que destacan la de los mineros, por sus diferencias respecto a los carpinteros y trabajadores de la industria del tabaco, los mecánicos cerrajeros, los tipógrafos y los demás artesanos cualificados que constituían los elementos normales de los nuevos movimientos proletarios. De alguna forma, esas masas de hombres musculosos, que trabajaban en la oscuridad, que a menudo vivían con sus familias en comunidades separadas, tan lúgubres y duras como sus pozos, mostraban una marcada tendencia a participar en la lucha colectiva: incluso en Francia y los Estados Unidos los mineros constituyeron sindicatos poderosos, cuando menos de forma intermitente.\* Dada la importancia del proletariado minero y

\* Como lo indican las coplas de los mineros alemanes, que podríamos traducir aproximadamente así:

Los panaderos pueden hornear su pan solos  
los carpinteros pueden hacer su trabajo en casa:  
pero dondequiera que estén los mineros,  
ha de haber cerca compañeros valientes y auténticos.<sup>13</sup>

sus marcadas concentraciones regionales, su papel potencial —y en el Reino Unido real— en los movimientos obreros podía ser de importancia extraordinaria.

Hay que mencionar otros dos sectores, en parte coincidentes, del sindicalismo no vinculado con los oficios: el transporte y los funcionarios públicos. Los empleados al servicio del estado estaban todavía —incluso en Francia, que luego sería un bastión de los sindicatos de funcionarios— excluidos de la organización obrera, lo cual retrasó notablemente la sindicalización de los ferrocarriles, que en muchos casos eran propiedad del estado. Pero incluso los ferrocarriles privados resultaron difíciles de organizar, salvo en los territorios amplios y poco poblados, donde su ineludible necesidad daba a los que trabajaban en ellos un poder estratégico, en especial a los conductores de las locomotoras y a los empleados que trabajaban en los trenes. Las compañías ferroviarias eran, con mucho, las empresas más grandes de la economía capitalista y era prácticamente imposible organizarlas a no ser en el conjunto de lo que podía ser casi una red nacional: por ejemplo, en el decenio de 1890 la London and Northwestern Railway Company controlaba 65.000 trabajadores en un sistema de 7.000 km de línea férrea y 800 estaciones.

Por contraste, el otro sector clave del transporte, el sector marítimo, estaba fuertemente localizado en los puertos marítimos y en torno a ellos, sobre los que pivotaba toda la economía. En consecuencia, una huelga en los muelles tendía a convertirse en una huelga general del transporte con posibilidades de desembocar en una huelga general. Las huelgas generales económicas que se multiplicaron en los primeros años del nuevo siglo\* —y que desatarían apasionados debates ideológicos en el seno del movimiento socialista— fueron pues, básicamente, huelgas portuarias: Trieste, Marsella, Génova, Barcelona y Amsterdam. Eran batallas gigantescas, pero poco propicias a conducir a una organización sindical de masas permanente, dada la heterogeneidad de una fuerza laboral casi siempre no cualificada. Pero aunque el transporte ferroviario y el marítimo eran tan diferentes, compartían su importancia estratégica crucial para las economías nacionales, que podían verse paralizadas si se interrumpían esos servicios. Conforme crecía en importancia el movimiento obrero, los gobiernos comenzaron a ser cada vez más conscientes de ese potencial estrangulamiento y previeron posibles contramedidas: el ejemplo más drástico en este sentido es la decisión del gobierno francés de romper una huelga general del sector ferroviario en 1910, militarizando a 150.000 trabajadores.<sup>14</sup>

No obstante, también los empresarios privados comprendían el papel estratégico del sector del transporte. La contraofensiva contra la oleada de sindicalización británica en 1889-1890 (que había sido iniciada por las huelgas de marinos y estibadores) comenzó con una batalla contra los ferroviarios escoceses y con una serie de luchas contra la sindicalización masiva, pero ines-

\* Otra cosa eran las breves huelgas generales en pro de la democratización del derecho de voto.



table, de los grandes puertos marítimos. Por su parte, la ofensiva obrera en vísperas de la guerra mundial planificó su propia fuerza estratégica, la Triple Alianza, de la que formaban parte los mineros del carbón, los ferroviarios y la federación de los trabajadores del transporte (es decir, los trabajadores portuarios). Sin duda alguna, el transporte era considerado como un elemento fundamental en la lucha de clases.

No existía la misma claridad de ideas respecto a otro ámbito de enfrentamiento que a no tardar demostraría ser incluso más crucial: las grandes y cada vez más numerosas empresas del metal. En este sector, la fuerza tradicional de la organización obrera, los trabajadores especializados con tenaces sindicatos de oficios, se enfrentaron con la gran factoría moderna, decidida a reducirlos (a la mayoría de ellos) a operarios semicualificados a cargo de máquinas herramientas y maquinaria cada vez más especializada y sofisticada. Aquí, en la rápidamente cambiante frontera del avance tecnológico, el conflicto de intereses era claro. Mientras se mantuviera la paz, la situación favorecía al empresario, pero a partir de 1914 no es sorprendente que en todas las grandes fábricas de armamento se produjera la radicalización del movimiento obrero. Detrás del giro revolucionario de los trabajadores del metal durante y después de la primera guerra mundial descubrimos las tensiones preparatorias de los decenios de 1890 y 1900.

En definitiva, las clases obreras no eran homogéneas ni fáciles de unir en un solo grupo social coherente, incluso si dejamos al margen al proletariado agrícola al que los movimientos obreros también intentaron organizar y movilizar, en general con escaso éxito.\* Ahora bien, lo cierto es que las clases obreras fueron unificadas. Pero, ¿cómo?

### III

Un poderoso método de unificación era a través de la ideología transmitida por la organización. Los socialistas y los anarquistas llevaron su nuevo evangelio a unas masas olvidadas hasta entonces prácticamente por todos excepto por sus explotadores y por quienes les decían que permanecieran calladas y obedientes; incluso las escuelas primarias se contentaban con inculcar los deberes cívicos de la religión, mientras que las Iglesias organizadas, al margen de algunas sectas plebeyas, sólo muy lentamente penetraron en el terreno proletario o estaban poco preparadas para tratar con una población tan diferente de las comunidades estructuradas de las antiguas parroquias rurales o urbanas. Los trabajadores eran gentes desconocidas y olvidadas en la medida en que eran un nuevo grupo social. Hasta qué punto eran desconoci-

\* Excepto en Italia, donde la Federación de los Trabajadores de la Tierra era, con mucho, el sindicato más grande y el que sentó las bases para la posterior influencia comunista en Italia central y en algunas zonas del sur. Posiblemente, en España el anarquismo ejerció en algunos momentos una influencia comparable entre los trabajadores sin tierra.

dos pueden atestiguarlo los escritos de diversos analistas sociales u observadores de clase media; leyendo las cartas del pintor Van Gogh, que actuó como apóstol evangélico en las minas de carbón de Bélgica, es fácil hacerse una idea de hasta qué punto eran olvidados. Los socialistas fueron los primeros en acercarse a ellos. Cuando las condiciones eran adecuadas, estamparon en los grupos más variados de trabajadores —desde los especializados o vanguardias de militantes hasta comunidades enteras de mineros— una sola identidad, la del «proletario». En 1886, los lugareños de los valles belgas en torno a Lieja, que se ocupaban tradicionalmente de la fabricación de armas de fuego, carecían por completo de una conciencia política. Vivían de un pobre salario, amenizada su vida en el caso de los hombres únicamente por la colombofilia, la pesca y las peleas de gallos. Desde el momento en que apareció en el escenario el «partido de los trabajadores» se volcaron en él de forma masiva: a partir de entonces entre el 80 y el 90 por 100 de la población del Val de Vesdre votaba socialista y fueron socavados incluso los últimos muros del catolicismo local. Los habitantes del Liègeois se vieron compartiendo una identidad y una fe con los tejedores de Gante, cuya lengua (flamenco) no podían entender, y también con todos aquellos que compartían el ideal de una clase obrera única y universal. Los agitadores y propagandistas llevaron ese mensaje de unidad de todos los que trabajaban y eran pobres a los extremos más remotos de sus países. Pero también llevaron consigo una organización, la acción colectiva estructurada sin la cual la clase obrera no podía existir como clase, y a través de la organización consiguieron un cuadro de portavoces que pudiera articular los sentimientos y esperanzas de unos hombres y mujeres que no podían hacerlo por sí solos. Aquéllos poseían o encontraron las palabras para expresar las verdades que sentían. Sin esa colectividad organizada sólo eran pobres gentes trabajadoras. Ya no bastaba el antiguo cuerpo de sabiduría —proverbios, dichos, canciones— que formulaban el *Weltanschauung* de las clases trabajadoras pobres del mundo preindustrial. Eran una nueva realidad social que exigía una nueva reflexión. Ésta comenzó en el momento en que comprendieron el mensaje de sus nuevos portavoces: sois una clase, debéis mostrar que lo sois. Así, en casos extremos, los nuevos partidos sólo tenían que pronunciar su nombre: «el partido de los trabajadores». Nadie, excepto los militantes del nuevo movimiento, llevó a los trabajadores ese mensaje de conciencia de clase. Sirvió para unir a todos aquellos que estaban dispuestos a reconocer esa gran verdad por encima de todas las diferencias que los separaban.

Y la gente estaba dispuesta a reconocer esa verdad, porque cada vez era mayor el abismo que separaba a quienes eran o se estaban convirtiendo en trabajadores de los demás, incluyendo otras ramas del «pueblo menudo», modesto desde el punto de vista social, porque el mundo de la clase trabajadora estaba cada vez más aislado y, en gran medida, porque el conflicto entre quienes pagaban los salarios y quienes vivían de ellos era una realidad existencial cada vez más apremiante. Esto ocurría claramente en aquellos lugares creados prácticamente por y para la industria como Bochum (4.200 ha-

bitantes en 1842, 120.000 en 1907, de los cuales el 78 por 100 eran trabajadores y el 0,3 por 100 «capitalistas») o Middlesbrough (6.000 habitantes en 1841, 105.000 en 1911). En esos centros, dedicados fundamentalmente a la minería y a la industria pesada, que florecieron en la segunda mitad de la centuria, los hombres y mujeres podían vivir, tal vez más aún incluso que en las aldeas dedicadas a la producción textil que habían sido anteriormente los centros típicos de la industria, sin ver habitualmente a ningún miembro de las clases no asalariadas bajo cuya jurisdicción no estuvieran de alguna manera (propietario, encargado, funcionario, profesor, sacerdote), con la excepción de los pequeños artesanos, tenderos y taberneros que proveían las modestas necesidades de los pobres y que, dado que dependían de su clientela, se adaptaban al medio ambiente proletario.\* En Bochum, el sector dedicado a la producción para el consumo incluía, aparte de los habituales panaderos, carniceros y cerveceros, unos centenares de costureras, 48 sombrereras, pero sólo 11 lavanderas, 6 fabricantes de sombreros y gorras, 8 peleteros y, lo que es significativo, ni una sola persona dedicada a fabricar guantes, ese símbolo característico del estatus de las clases medias y altas.<sup>15</sup>

Pero incluso en la gran ciudad, con sus servicios variopintos y cada vez más diversificados y con su variedad social, la especialización funcional, complementada en este período por el urbanismo y el fomento de la propiedad, separaba a las diferentes clases, excepto en los lugares neutrales como parques, estaciones de ferrocarril y lugares de entretenimiento. El viejo «barrio popular» declinó con la nueva segregación social: en Lyon, La Croix-Rousse, antiguo bastión de los inquietos tejedores de la seda que descendían hacia el centro de la ciudad, fue descrito en 1913 como un barrio de «pequeños empleados»: «el enjambre de trabajadores ha abandonado la meseta y sus laderas de acceso».<sup>16</sup> Los trabajadores se trasladaron desde la parte antigua de la ciudad hasta la otra orilla del Ródano con sus fábricas. Gradualmente comenzó a predominar la gris uniformidad de los nuevos barrios obreros, apartados de las zonas céntricas de la ciudad: Wedding y Neukölln en Berlín, Favoriten y Ottakring en Viena, Poplar y West Ham en Londres, así como también aparecieron rápidamente barrios y distritos separados de las clases media y media baja. Y si la tan debatida crisis del sector artesanal tradicional llevó a algunos grupos de los maestros artesanos hacia la derecha radical anticapitalista y antiproletaria, como ocurrió en Alemania, en otros lugares, como en Francia, también intensificó su jacobinismo anticapitalista o su radicalismo republicano. En cuanto a los trabajadores especializados y los aprendices, no era difícil que se convencieran de que no eran ahora otra cosa que proletarios. ¿Y no era natural que las acosadas industrias domésticas de la época protoindustrial, muchas veces como los tejedores manuales asociadas con las primeras etapas del sistema de fábricas, se identificaran con la situación proletaria? Hubo una serie de comunidades de ese tipo en dife-

rentes regiones montañosas de la Alemania central, de Bohemia y de otros lugares, que se convirtieron en bastiones naturales del movimiento.

Todos los trabajadores tenían buenas razones para sustentar la convicción de la injusticia del orden social, pero la parte fundamental de su experiencia era su relación con los empresarios. El nuevo movimiento obrero socialista era inseparable de los descontentos del lugar de trabajo, se expresaran o no en forma de huelgas y más raramente en sindicatos organizados. Una y otra vez, la aparición de un partido socialista local es inseparable de un grupo concreto de obreros que desempeñaban un papel central a nivel local, cuya movilización desencadenaba o reflejaba. En Roanne (Francia) los tejedores constituían el núcleo básico del Parti Ouvrier; cuando la actividad de los tejedores se organizó en la región en 1889-1891, los cantones rurales variaron súbitamente su actitud política, pasando de la «reacción» al «socialismo», y el conflicto industrial adquirió una dimensión en la organización política y en la actividad electoral. Pero, como pone de relieve el ejemplo del movimiento obrero en el Reino Unido en los decenios centrales de la centuria, no existía una conexión necesaria entre la inclinación a la huelga y a la organización y la identificación de la clase de los patronos (los «capitalistas») como principal adversario político. Es cierto que tradicionalmente se habían unido en un frente común aquellos que trabajaban y producían, los obreros, artesanos, tenderos, burgueses, contra los ociosos y contra los «privilegios», en suma, quienes creían en el progreso (en una coalición que rebasaba los límites de clase) contra la «reacción». Pero esa alianza, componente básico de la fuerza histórica y política del liberalismo en un momento anterior (véase *La era del capital*, capítulo 6, I), se rompió, no sólo porque la democracia electoral sacó a la luz la divergencia de intereses de los elementos que la formaban (véanse pp. 97-98, *supra*), sino porque la clase de los patronos, tipificada cada vez más por el tamaño y la concentración —como hemos visto, aparece con mayor frecuencia la palabra clave «grande», como en *big business*, *grande industrie*, *grand patronat*, *Grossindustrie*—,<sup>17</sup> se integró de forma más visible en la zona indiferenciada de la riqueza, del poder del estado y del privilegio. Se unió a la «plutocracia», a la que tan duramente atacaban los demagogos de la Inglaterra de Eduardo VII, una «plutocracia» que, cuando el período de depresión dejó paso a la expansión económica, comenzó a pavonearse y figurar, de forma visible y a través de los nuevos medios de comunicación de masas. El principal experto del gobierno británico en el tema obrero afirmaba que los periódicos y el automóvil, que en Europa eran un monopolio de los ricos, hacían insuperable el contraste entre ricos y pobres.<sup>18</sup>

Pero a medida que la lucha política contra «los privilegios» se identificó con la lucha, hasta entonces separada, en el lugar de trabajo y en torno a él, el mundo del trabajador manual quedó cada vez más distanciado de los que estaban por encima de él, debido al crecimiento, rápido y muy notable en algunos países, del sector terciario de la economía, que generó un estrato de hombres y mujeres que trabajaban sin ensuciarse las manos. A diferencia de la pequeña burguesía que formaban anteriormente los pequeños artesanos

\* El papel de las tabernas como lugares de reunión para los sindicatos y ramas de los partidos socialistas y el de los taberneros como militantes socialistas es conocido en varios países.



y tenderos, que podía ser considerada como una zona de transición o tierra de nadie entre el obrero y la burguesía, estas nuevas clases medias bajas separaban a esos dos estratos sociales, aunque sólo fuera porque la misma modestia de su situación económica, muchas veces no mucho mejor que la de los trabajadores bien pagados, les llevaba a hacer hincapié precisamente en lo que les separaba del obrero manual y en lo que esperaban que tenían —o pensaban que debían tener— en común con los que ocupaban el lugar superior en la escala social (véase el capítulo 7). Constituían un estrato que aislaba a los trabajadores situados por debajo de ellos.

En definitiva, si la evolución económica y social favoreció la formación de una conciencia de clase de todos los trabajadores manuales, hubo un tercer factor que les obligó prácticamente a la unificación: la economía nacional y el estado-nación, elementos ambos cada vez más interconectados. El estado-nación no sólo formaba el cuadro de la vida de los ciudadanos, establecía sus parámetros y determinaba las condiciones concretas y los límites geográficos de las luchas de los trabajadores, sino que sus iniciativas políticas, legales y administrativas eran cada vez de mayor importancia para la existencia de la clase obrera. La economía funcionaba cada vez más decididamente como un sistema integrado, como un sistema en el que un sindicato no podía seguir siendo un agregado de unidades locales con un vínculo débil entre ellas, cuya preocupación fundamental eran las condiciones locales. Así, se vieron obligados a adoptar una perspectiva nacional, al menos dentro de cada rama industrial. En el Reino Unido, el fenómeno nuevo de los conflictos obreros organizados a nivel *nacional* se produjo por primera vez en la década de 1890, mientras que el espectro de las huelgas nacionales del transporte y el carbón se hizo realidad en la década de 1900. Paralelamente, las industrias comenzaron a negociar convenios colectivos de carácter nacional, práctica totalmente desconocida antes de 1889. En 1910 era ya un sistema habitual.

La tendencia de los sindicatos, sobre todo los sindicatos socialistas, a articular a los trabajadores en organizaciones globales, cada una de las cuales cubría una sola rama de la industria nacional («sindicalismo industrial»), reflejaba esa visión de la economía como un todo integrado. El «sindicalismo industrial» reconocía que «la industria» ya no era una categoría teórica para estadísticos y economistas y que se estaba convirtiendo en un concepto operativo o estratégico de carácter nacional, el marco económico de la lucha sindical, aunque fuera un marco localizado. Por esa razón, los mineros británicos del carbón, aunque eran enérgicos defensores de la autonomía de su cuenca minera, e incluso de su pozo, conscientes de la especificidad de sus problemas y costumbres, en el sur de Gales y Northumberland, en Fife y Staffordshire, se vieron inevitablemente obligados a unirse en una organización nacional entre 1888 y 1908.

En cuanto al estado, su democratización electoral impuso la unidad de clase que sus gobernantes esperaban poder evitar. Necesariamente, la lucha por la ampliación de los derechos ciudadanos adquirió una dimensión clasista

para la clase obrera, pues la cuestión fundamental (al menos en el caso de los hombres) era el derecho de voto del ciudadano *sin propiedades*. La exigencia de ser propietario, aunque modesto, excluía de entrada a una gran parte de los trabajadores. En aquellos lugares donde aún no se había alcanzado, al menos en teoría, el derecho de voto con carácter general, los nuevos movimientos socialistas se convirtieron en los grandes adalides del sufragio universal, organizando —o planteando como amenaza— gigantescas huelgas generales para conseguir ese objetivo —en Bélgica en 1893 y dos veces más en años sucesivos, en Suecia en 1902, en Finlandia en 1905—, que pusieron de manifiesto y reforzaron su poder de movilización sobre las nuevas masas conversas. Incluso las reformas electorales deliberadamente antidemocráticas podían servir para reforzar la conciencia de clase nacional si, como ocurriera en Rusia después de 1905, situaban a los electores de las clases obreras en un compartimento electoral o *curia* separado (y subrepresentado). Pero la actividad electoral, en la que participaron con toda decisión los partidos socialistas, para escándalo de los anarquistas que consideraban que apartaban al movimiento de la revolución, necesariamente tenía que servir para dar a la clase obrera una dimensión nacional única, por dividida que estuviera en otros aspectos.

Pero más aún: el estado daba unidad a la clase, pues cada vez más los grupos sociales tenían que tratar de conseguir sus objetivos políticos presionando sobre el gobierno *nacional*, en favor o en contra de la legislación y administración de las leyes *nacionales*. Ninguna otra clase necesitaba de forma más permanente la acción positiva del estado en asuntos económicos y sociales para compensar las deficiencias de su solitaria acción colectiva; y cuanto más numeroso era el proletariado nacional, más sensibles se mostraban (aunque no sin renuencia) los políticos a las exigencias de un cuerpo de votantes tan amplio y peligroso. En el Reino Unido, los viejos sindicatos victorianos y el nuevo movimiento obrero se dividieron, en el decenio de 1880, fundamentalmente a propósito de la exigencia de que la jornada de ocho horas quedara establecida *por ley* y no por una negociación colectiva. Es decir, por una ley aplicable de forma universal a *todos* los trabajadores, una ley *nacional* por definición e incluso, como pensaba la Segunda Internacional, plenamente consciente del significado de esa exigencia, una ley internacional. La agitación originó la que es tal vez la institución más visceral y emotiva de afirmación de internacionalismo de la clase obrera, las manifestaciones anuales del Primero de Mayo, que comenzaron en 1890. (En 1917 los trabajadores rusos, finalmente libres para celebrar esa festividad, modificaron incluso el calendario para poder manifestarse el mismo día que el resto del mundo.)<sup>19</sup> Sin embargo, la fuerza de la unificación de la clase obrera en cada nación restituyó inevitablemente las esperanzas y las reivindicaciones teóricas del internacionalismo obrero, con la excepción de una minoría

\* Como sabemos, en 1917 el calendario ruso (juliano) estaba todavía trece días retrasado con respecto a nuestro calendario (gregoriano): de aquí la conocida confusión con respecto a la Revolución de Octubre, que tuvo lugar el 7 de noviembre.

de militantes y activistas de gran altura de miras. Como demostró el comportamiento de la clase obrera en agosto de 1914, en la mayoría de los países, el soporte real de su conciencia de clase era, salvo en breves intervalos revolucionarios, el estado y la nación definida políticamente.

## IV

No es posible ni necesario analizar aquí todo el conjunto de peculiaridades —reales o potenciales— geográficas, ideológicas, nacionales, sectoriales o de otro tipo existentes en el tema global de la formación de las clases obreras como grupos sociales conscientes y organizados entre 1870 y 1914. Con toda seguridad, ese proceso no se producía todavía a escala significativa en el sector de la humanidad cuya piel era de un color diferente, aun cuando (como ocurría en la India y, desde luego, en Japón) el desarrollo industrial fuera ya innegable. Ese progreso de la organización de clase fue desigual desde el punto de vista cronológico. Se aceleró rápidamente en el curso de dos breves períodos. El primer gran salto hacia adelante tuvo lugar en los últimos años del decenio de 1880 y los primeros del de 1890, años señalados por la reaparición de una internacional obrera (la «Segunda», para distinguirla de la Internacional fundada por Marx y que se prolongó desde 1864 a 1872) y por el restablecimiento de la celebración del Primero de Mayo, símbolo de la esperanza y la confianza de la clase obrera. Fue en esos años cuando empezaron a hacer acto de presencia grupos importantes de socialistas en los parlamentos de varios países, y en Alemania, donde el partido ya era fuerte, el porcentaje de votos del SPD aumentó más del doble entre 1887 y 1893 (desde el 10,1 al 23,3 por 100). El segundo período de progreso importante se produjo en los años transcurridos entre la Revolución rusa de 1905, que fue un factor de primera importancia, especialmente en Centroeuropa, y 1914. El extraordinario avance electoral de los partidos obreros y socialistas se completó con la ampliación del derecho de voto, que permitió que ese avance quedara registrado de forma efectiva. Al mismo tiempo, los brotes de agitación obrera fortalecieron el sindicalismo organizado. Esos dos momentos de rápido progreso del movimiento obrero aparecen prácticamente en todas partes, en una u otra forma, aunque los detalles del proceso pudieran variar de forma importante de acuerdo con las circunstancias nacionales.

Ahora bien, la formación de una conciencia obrera no puede identificarse plenamente con el desarrollo de movimientos obreros organizados, aunque es cierto que en determinados casos, sobre todo en la Europa central y en algunas regiones concretas industrializadas, la identificación de los trabajadores con su partido y su movimiento fue casi total. Así, en 1913, un analista de las elecciones de un distrito de la Alemania central (Naumburg-Merseburg) expresó su sorpresa por el hecho de que sólo el 88 por 100 de los trabajadores hubieran votado por el SPD: sin duda, se creía que lo normal era: «obrero = socialdemócrata.»<sup>30</sup> Pero no sólo no era eso la norma, sino que tampoco

ocurría de forma habitual. Lo que se producía con mayor frecuencia, estuvieron o no los trabajadores identificados con su «partido», era la identificación de clase sin contenido político, la conciencia de pertenecer a un mundo distinto, el mundo de los trabajadores, que incluía el «partido de clase», pero que iba mucho más allá. En efecto, la base de ese mundo era una experiencia vital distinta, una forma y un estilo de vida diferentes que se manifestaba, por encima de las diferencias regionales de lengua y de costumbre, en formas comunes de actividad social (por ejemplo, la identificación de un deporte concreto con el proletariado como clase, tal como ocurrió con el fútbol en Inglaterra a partir de 1880) e incluso en el uso de prendas de vestir específicas, como la típica gorra de visera con que se tocaban los trabajadores.

Sin embargo, sin la aparición simultánea del «movimiento», ni siquiera las expresiones no políticas de la conciencia de clase habrían sido completas ni factibles, pues a través del movimiento las «clases obreras» se fusionaron hasta formar una única «clase obrera». Pero esos movimientos, cuando se convirtieron en movimientos de masas, se vieron dominados por la desconfianza, no política sino instintiva, de los trabajadores respecto a todos aquellos que no se ensuciaban las manos realizando su trabajo. Ese omnipresente *ouvrierisme* (como lo llamaban los franceses) reflejaba la realidad en partidos de masas, pues éstos, a diferencia de las organizaciones pequeñas o ilegales, estaban formados en su abrumadora mayoría por trabajadores manuales. De los 61.000 miembros con los que contaba el Partido Socialdemócrata en Hamburgo en 1911-1912, sólo 36 eran «autores y periodistas» y dos pertenecían a otras profesiones más elevadas. Sólo el 5 por 100 no pertenecían al proletariado, y de ellos la mitad eran taberneros.<sup>31</sup> Pero la desconfianza respecto a las clases no obreras no impedía la admiración hacia grandes maestros de otra clase, como el propio Marx, ni hacia un puñado de socialistas de origen burgués, padres fundadores, líderes y oradores nacionales (dos funciones que con frecuencia era difícil separar) o «teóricos». Ciertamente, en la primera generación, los partidarios socialistas atrajeron a sus filas a admirables figuras de la clase media dotadas de grandes cualidades y que merecían esa admiración: Viktor Adler en Austria (1852-1918), Jaurès en Francia (1859-1914), Turati en Italia (1857-1932) y Branting en Suecia (1860-1925).

¿Qué era, pues, «el movimiento» que, en algunos casos extremos, podía coincidir prácticamente con la clase? En todas partes incluía la organización básica y universal de los trabajadores, el sindicato, aunque en formas diferentes y con una fuerza distinta. Muchas veces incluía también cooperativas, fundamentalmente en forma de tiendas para los trabajadores, que en ocasiones (como en Bélgica) eran la institución fundamental del movimiento.\* En

\* Mientras que la cooperación de los trabajadores estaba estrechamente vinculada con los movimientos obreros y, de hecho, con frecuencia constituía un puente entre los ideales «utópicos» y el socialismo anterior a 1848 y el nuevo socialismo, este no era el caso en la vertiente más floreciente de la cooperación, la de los campesinos y granjeros, excepto en algunas partes de Italia.



los países en que los partidos socialistas eran partidos de masas, podían incluir prácticamente a toda asociación en la que participaran los obreros, desde la cuna hasta la tumba, o más bien, dado su anticlericalismo, hasta el crematorio, que, según los «progresistas», era mucho más adecuado en esa era de ciencia y de progreso.<sup>22</sup> Entre esas asociaciones cabe mencionar la Federación Alemana de Coros Obreros en 1914, con sus 200.000 miembros; el Club Ciclista de los Trabajadores «Solidaridad» (1910), con sus 130.000 miembros, o los Trabajadores Coleccionistas de Sellos y los Criadores Obreros de Conejos, cuyas huellas aparecen todavía ocasionalmente en las tabernas de los suburbios de Viena. Pero, de hecho, todas esas asociaciones estaban subordinadas al partido político o formaban parte de él (o al menos estaban estrechamente vinculadas con él); partido que era su expresión fundamental y que prácticamente siempre recibía el nombre de Partido Socialista (Socialdemócrata) y/o simplemente Partido «de los Trabajadores» o Partido «Obrero». Los movimientos obreros que no contaban con partidos de clase organizados o que se oponían a la política, aunque representaban una vieja corriente de ideología utópica o anarquista, eran casi siempre débiles. Se trataba de conjuntos cambiantes de militantes individuales, evangelizadores, agitadores y líderes huelguistas potenciales más que de estructuras de masas. Excepto en la península ibérica, siempre desfasada con respecto a los acontecimientos europeos, el anarquismo no llegó a ser en ninguna parte de Europa la ideología predominante ni siquiera de movimientos obreros débiles. Con la excepción de los países latinos y —como reveló la revolución de 1917— de Rusia, el anarquismo carecía de significación política.

La gran mayoría de esos partidos obreros de clase, con la importante excepción de Australasia, perseguían un cambio fundamental en la sociedad y en consecuencia se autodenominaban «socialistas», o se pensaba que iban a adoptar ese nombre, como el Partido Laborista británico. Hasta 1914, intentaron participar lo menos posible en la política de la clase gobernante, y menos aún en el gobierno, a la espera del día en que el movimiento obrero constituyera su propio gobierno y, presumiblemente, iniciara la gran transformación. Los líderes obreros que sucumbían a la tentación de establecer compromisos con los partidos y los gobiernos de clase media eran fuertemente denostados, a menos que mantuvieran sus iniciativas en el más absoluto de los silencios, como hizo J. R. MacDonald respecto al compromiso electoral con los liberales, que permitió al Partido Laborista británico obtener por primera vez una importante representación parlamentaria en 1906. (Por razones comprensibles, la actitud de los partidos ante el gobierno local era mucho más positiva.) Tal vez la razón fundamental por la que tantos partidos socialistas adoptaron la bandera roja de Karl Marx fue que él, más que ningún otro teórico de la izquierda, hacía tres afirmaciones que parecían plausibles y alentadoras: que ninguna mejora predecible dentro del sistema existente cambiaría la situación básica de los trabajadores en cuanto tales (su «explotación»); que la naturaleza del desarrollo capitalista, que Marx analizó en profundidad, hacía que fuera muy problemático el derrocamiento de la

sociedad existente y su sustitución por otra sociedad nueva y mejor, y que la clase trabajadora, organizada en partidos de clase, sería la que crearía y heredaría ese futuro glorioso. Así pues, Marx dio a los trabajadores la seguridad, similar a la que en otro tiempo aportara la religión, de que la ciencia demostraba la inevitabilidad histórica de su triunfo definitivo. En este sentido, el marxismo fue tan eficaz que incluso los adversarios de Marx en el seno del movimiento adoptaron su análisis del capitalismo.

Así, tanto los oradores e ideólogos de estos partidos como sus adversarios daban por sentado que aquéllos deseaban una revolución social, o que sus actividades implicaban el estallido de una revolución social. Pero ¿qué significaba exactamente la expresión *revolución social*, aparte de que el cambio del capitalismo al socialismo, de una sociedad basada en la propiedad y en la empresa privada a otra cuyos fundamentos habrían de ser «la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio»,<sup>23</sup> revolucionaría la vida? De hecho, la naturaleza y el contenido exacto del futuro socialista apenas se discutió y no se aclaró, salvo en el sentido de afirmar que lo que en ese momento era malo sería bueno en el futuro. La naturaleza de la revolución fue el tema que dominó los debates sobre la política proletaria en ese período.

Lo que se debatía no era la fe en la transformación total de la sociedad, aunque es cierto que muchos líderes y militantes estaban demasiado inmersos en las luchas inmediatas para preocuparse por el futuro más remoto. El punto en cuestión era que, según la tradición izquierdista que se remontaba más allá de Marx y Bakunin hasta 1789 e incluso 1776, las revoluciones pretendían alcanzar un cambio social fundamental mediante una transferencia del poder súbita, violenta e insurreccional. O, en un sentido más general y milenarista, que el gran cambio cuya inevitabilidad había quedado establecida tenía que ser más inminente de lo que parecía serlo en el mundo industrial, de lo que había parecido en los años deprimidos e infelices del decenio de 1880 o en los esperanzados años agitados de comienzos de 1890. Incluso entonces el curtido y veterano Engels, que evocaba la era de la revolución, cuando cada veinte años se erigían barricadas, y que había participado en diversas campañas revolucionarias, fusil en mano, advirtió que los días de 1848 habían desaparecido para siempre. Y como hemos visto, desde mediados del decenio de 1890 la idea de un colapso inminente del capitalismo parecía absolutamente inverosímil. ¿Qué podían hacer, pues, los ejércitos del proletariado, movilizados por millones bajo la bandera roja?

Determinadas figuras del ala derecha del movimiento recomendaban concentrarse en las mejoras y reformas inmediatas que la clase obrera pudiera conseguir de los gobiernos y empresarios, olvidando el futuro más lejano. No se contemplaba la revuelta y la insurrección. Con todo, eran pocos los líderes obreros nacidos después de 1860 que abandonaron la idea de la Nueva Jerusalén. Eduard Bernstein (1850-1932), intelectual socialista autodidacta que afirmó imprudentemente no sólo que las teorías de Karl Marx debían ser revisadas a la luz de un capitalismo floreciente («revisiónismo»), sino también que la supuesta meta socialista era más importante que las reformas que

se podían conseguir en el camino, fue unánimemente condenado por los políticos de los partidos obreros cuyo interés en derrocar realmente al capitalismo era, a veces, muy escaso. La convicción de que la sociedad tal como era en ese momento resultaba intolerable tenía sentido para la clase obrera incluso cuando, como señaló un observador de un congreso socialista alemán en el decenio de 1900, sus militantes «se mantenían una o dos barras de pan por delante del capitalismo». <sup>24</sup> Era el ideal de una nueva sociedad lo que infundía esperanza a la clase obrera.

Pero ¿cómo sería posible alcanzar esa nueva sociedad cuando el hundimiento del viejo sistema no parecía ni mucho menos inminente? La desconcertante definición del gran Partido Socialdemócrata alemán que hizo Kautsky como «un partido que, aunque es revolucionario, no hace la revolución» <sup>25</sup> resume el problema. ¿Era suficiente —como hacía el SPD— postular teóricamente la revolución social, una posición de permanente oposición, calibrar periódicamente en las elecciones la fuerza creciente del movimiento y confiar en que las fuerzas objetivas del desarrollo histórico producirían su triunfo inevitable? No si ello significaba, como tantas veces ocurría en la práctica, que el movimiento se amoldaba a actuar en el marco del sistema que no podía derrocar. Lo que el sector intransigente ocultaba tras el pobre pretexto de la disciplina organizativa era —así lo pensaban muchos radicales o militantes— el compromiso, la pasividad, la negativa a ordenar que pasaran a la acción los ejércitos movilizadas de los trabajadores y la supresión de las luchas que surgían de forma espontánea entre las masas.

Lo que rechazaba la escuálida izquierda radical —más numerosa, sin embargo, a partir de 1905— formada por rebeldes, sindicalistas de raíz popular, disidentes intelectuales y revolucionarios eran los partidos proletarios de masas a los que veían reformistas y burocratizados como consecuencia de su participación en determinadas actividades políticas. Los argumentos utilizados contra ellos eran muy similares tanto si la ortodoxia vigente era marxista, como sucedía por lo general en el continente, como si era antimarxista de corte fabiano, como en el Reino Unido. La izquierda radical prefería apoyarse en la acción proletaria directa que pasaba por encima de la peligrosa ciénaga de la política, culminando idealmente en una especie de huelga revolucionaria general. «El sindicalismo revolucionario», que floreció en los diez últimos años anteriores a 1914, sugiere en su mismo nombre esa vinculación entre los revolucionarios sociales acérrimos y la militancia sindicalista descentralizada, asociada, en grado diverso, con las ideas anarquistas. Floreció, fuera de España, como la ideología de unos centenares o millares de militantes sindicalistas proletarios y de un puñado de intelectuales durante la segunda fase del desarrollo y radicalización del movimiento, que coincidió con unos años de profunda agitación obrera a escala internacional y con una notable incertidumbre en los partidos socialistas respecto a su línea concreta de actuación.

Entre 1905 y 1914 el revolucionario occidental típico era un sindicalista revolucionario que, paradójicamente, rechazaba el marxismo como ideología de los partidos que se servían de él como excusa por no intentar llevar a cabo

la revolución. Esto era un tanto injusto con respecto a Marx, pues lo sorprendente en los partidos proletarios de masas de Occidente que situaban su estandarte en las astas de sus banderas era el modesto papel que jugaba en ellos la figura de Marx. Muchas veces era imposible distinguir las creencias básicas de sus líderes y militantes de las de la izquierda no marxista de la clase obrera, radical o jacobina. Todos creían en la lucha de la razón contra la ignorancia y la superstición (es decir, el clericalismo), en la lucha del progreso contra el oscuro pasado; en la ciencia, en la educación, en la democracia y en la trinidad secular de la libertad, igualdad y fraternidad. Incluso en Alemania, donde casi una tercera parte de los ciudadanos votaban por un Partido Socialdemócrata que en 1891 se declaró formalmente marxista, el *Manifiesto comunista* se publicaba antes de 1905 en ediciones de tan sólo 2.000-3.000 ejemplares y el tratado ideológico más popular en las bibliotecas de los trabajadores tiene un título suficientemente explícito: *Darwin contra Moisés*. <sup>26</sup> De hecho, incluso los intelectuales marxistas nativos eran escasos. Los principales «teóricos» de Alemania procedían del imperio de los Habsburgo, como Kautsky y Hilferding, o del imperio zarista, como Parvus y Rosa Luxemburg. En efecto, en los países que quedaban al este de Viena y de Praga, el marxismo y los intelectuales marxistas ocupaban un lugar preponderante. El marxismo conservaba allí intacto su impulso revolucionario y el vínculo entre marxismo y revolución era evidente, tal vez porque las perspectivas de revolución eran inmediatas y reales.

Aquí reside la clave del modelo de los movimientos obreros y socialistas, así como de muchos otros aspectos de la historia de los cincuenta años anteriores a 1914. Esos movimientos aparecieron en los países de la revolución dual y en la zona de la Europa occidental y central donde cualquier persona con inquietudes políticas dirigía su mirada atrás hacia la más grande de todas las revoluciones, la Revolución francesa de 1789, y donde cualquier ciudadano que hubiera nacido en el año de la batalla de Waterloo tenía muchas probabilidades de haber vivido, a lo largo de una vida de sesenta años, cuando menos dos o incluso tres revoluciones, ya fuera de forma directa o indirecta. El movimiento obrero y socialista se consideraba a sí mismo como una continuación lineal de esa tradición. Los socialdemócratas austríacos celebraban el aniversario de las víctimas de la revolución de Viena de 1848 antes de que comenzaran a celebrar el nuevo Primero de Mayo. Ahora bien, la revolución social estaba en rápido retroceso en su zona original de aparición. En cierto sentido, ese retroceso se vio acelerado por el mismo surgimiento de partidos de clase masivos organizados y, sobre todo, disciplinados. Los mítines de masas organizados, las manifestaciones de masas cuidadosamente planificadas y las campañas electorales sustituyeron, más que prepararon, al levantamiento y la insurrección. La súbita aparición de partidos «rojos» en los países avanzados de la sociedad burguesa era un fenómeno preocupante para sus gobernantes, pero muy pocos de ellos esperaban realmente que se instalara la guillotina en sus capitales. Podían reconocer a esos partidos como órganos de oposición radical dentro de un sistema que, sin embargo, tenía



cabida para la mejora y la conciliación. En esas sociedades no se derramaba —o todavía no, o ya no más— mucha sangre, a pesar de la retórica en sentido contrario.

Lo que hacía que los nuevos partidos siguieran siendo fieles, al menos en teoría, a la idea de la revolución total de la sociedad, y que las masas de trabajadores se mantuvieran vinculadas a esos partidos, no era la incapacidad del capitalismo para introducir ciertas mejoras en su situación. Era el hecho de que —así aparecía a los ojos de la mayor parte de los trabajadores que confiaban en progresar— cualquier mejora significativa se debía fundamentalmente a su actuación y organización como clase. En determinados casos, la decisión de adoptar el camino del progreso colectivo significaba rechazar otras opciones. En las regiones de Italia donde los trabajadores agrícolas sin tierra se organizaron en sindicatos y cooperativas, no eligieron la alternativa de la emigración masiva. Cuanto más fuerte era el sentimiento de comunidad y solidaridad obreras de clase más fuertes eran las presiones sociales para mantenerse en ella, aunque eso no excluía —especialmente en grupos tales como los mineros— la ambición de poder proporcionar a los hijos la educación que les permitiera mantenerse alejados de los pozos. La base de las convicciones socialistas de los militantes obreros y de la actitud aprobatoria de las masas que los seguían era, más que ninguna otra cosa, la marginación en un mundo aparte que se había impuesto al nuevo proletariado. Si tenían esperanza —y, desde luego, sus miembros organizados se mostraban orgullosos y esperanzados— era porque tenían fe en el movimiento. Si «el sueño americano» era individualista, el de la clase obrera europea era plenamente colectivo.

¿Era eso revolucionario? Sin duda no lo era en el sentido insurreccional, a juzgar por el comportamiento de la gran masa del más sólido de todos los partidos socialistas revolucionarios, el SPD alemán. Pero en Europa existía una amplia franja semicircular de pobreza y agitación, en la que se contemplaba la perspectiva de la revolución, que —al menos en una parte de esa franja— llegó a hacerse realidad. Era una zona que se extendía desde España, y a través de amplias regiones de Italia y la península balcánica, hasta el imperio ruso. La revolución se propagó desde el oeste hacia el este de Europa en el período que estudiamos. Más adelante analizaremos la suerte de la zona revolucionaria del continente y del planeta. Por el momento, diremos tan sólo que en el Este el marxismo conservó sus connotaciones explosivas originales. Después de la Revolución rusa retornó hacia Occidente y se expandió también hacia Oriente como ideología fundamental de la revolución social, lugar que ocuparía durante una gran parte del siglo xx. Mientras tanto, el abismo de comunicación existente entre socialistas que hablaban el mismo lenguaje teórico se amplió casi sin que fueran conscientes de ello, hasta que su importancia se manifestó súbitamente con el estallido de la guerra de 1914, cuando Lenin, admirador durante mucho tiempo de la ortodoxia socialdemócrata alemana, descubrió que su teórico más destacado era un traidor.

Aunque en la mayor parte de los países, y a pesar de las divisiones nacionales y confesionales, los partidos socialistas parecían en camino de movilizar a la gran mayoría de la clase trabajadora, era innegable que, con la excepción del Reino Unido, el proletariado no constituía —los socialistas apostillaban confiadamente «todavía no»— la mayoría de la población. Desde el momento en que los partidos socialistas consiguieron una base de masas, dejando de ser sectas de propaganda y agitación, órganos de cuadros dirigentes y bastiones locales dispersos de conversos, se hizo evidente que no podían limitar su atención a la clase obrera. El intenso debate sobre la «cuestión agraria», que comenzó a desarrollarse entre los marxistas a mediados del decenio de 1890, refleja precisamente ese descubrimiento. Si bien «el campesinado» estaba destinado a desaparecer (como afirmaban los marxistas correctamente, pues eso es lo que ha ocurrido en las décadas postreras del siglo xx), ¿qué podía o debía ofrecer el socialismo a ese 36 por 100 de la población alemana y al 43 por 100 de la de Francia que vivía de la agricultura en 1900, por no mencionar los países europeos cuya estructura económica era absolutamente agraria? La necesidad de ampliar el marco de acción de los partidos socialistas, desbordando el ámbito puramente proletario, podía ser formulada y defendida de diversas formas, desde los simples cálculos electorales o consideraciones revolucionarias hasta la elaboración de una teoría general («la socialdemocracia es el partido del proletariado ... pero ... al mismo tiempo es un partido de progreso social, que persigue el paso de todo el cuerpo social de la actual fase capitalista a una forma más elevada»).<sup>27</sup> No se podía rechazar ese planteamiento, pues prácticamente en todas partes el proletariado podía ser superado en votos aislado e incluso reprimido mediante la fuerza unida de otras clases.

Pero la identificación entre partido y proletariado dificultó la posibilidad de atraerse a otros estratos sociales. Se interpuso en el camino de los pragmáticos políticos, los reformistas, los «revisiónistas» marxistas que habrían preferido ampliar el socialismo para que dejara de ser un partido de clase y se convirtiera en un «partido del pueblo», pues incluso los políticos pragmáticos, dispuestos a dejar los asuntos doctrinales en manos de algunos camaradas calificados de «teóricos», comprendían que era la apelación casi existencial a los trabajadores como tales lo que daba a los partidos su fuerza real. Aún más, las exigencias y consignas políticas planteadas a la medida de la clase proletaria —como la jornada de ocho horas y la socialización— dejaban indiferentes a otros estratos sociales e incluso podían despertar su antagonismo por la amenaza implícita de expropiación. Lo cierto es que los partidos socialistas obreros pocas veces consiguieron desbordar el universo, amplio pero aislado, de la clase obrera, en el que sus militantes y, las más de las veces también, sus masas de votantes se sentían muy confortables.

Sin embargo, algunas veces la influencia de esos partidos se extendía so-

bre sectores muy alejados de la clase obrera; incluso los partidos de masas más claramente identificados con una clase conseguían obtener apoyo de otros estratos sociales. Así, por ejemplo, en algunos países el socialismo, a pesar de su ausencia de relación ideológica con el mundo rural, consiguió implantarse en amplias zonas agrícolas, obteniendo el apoyo de aquellos que podrían ser calificados como «proletarios rurales», pero también de otros sectores. Así ocurrió en algunas zonas del sur de Francia, de la Italia central y de los Estados Unidos, país este en el que el más sólido bastión del partido socialista se hallaba, sorprendentemente, entre los granjeros blancos, pobres e intensamente religiosos de Oklahoma. En las elecciones de 1912, el candidato socialista a la presidencia obtuvo más del 25 por 100 de los votos en los 23 condados más rurales de ese estado. Igualmente notable es el hecho de que los pequeños artesanos y tenderos estaban claramente suprarrepresentados en el Partido Socialista Italiano, de acuerdo con su número en el total de la población.

Sin duda, hay razones históricas que explican esos hechos. Allí donde la tradición política de la izquierda (secular) —republicana, democrática, jacobina, etc.— era antigua y fuerte, el socialismo podía ser considerado como su prolongación natural, la versión actualizada, por así decirlo, de la declaración de fe en las grandes causas eternas de la izquierda. En Francia, donde era una fuerza importante, los maestros de primera enseñanza, esos intelectuales populares de las zonas rurales y defensores de los valores republicanos, se sintieron fuertemente atraídos por el socialismo, y el principal grupo político de la Tercera República pagó tributo a los ideales de su electorado autodenominándose Partido Radical y Partido Socialista Radical en 1901. (Sin duda, no era ni radical ni socialista.) Pero los partidos socialistas obtenían fuerza, y también ambigüedad política, de esas tradiciones, porque, como hemos visto, las compartían, incluso cuando consideraban que ya no eran suficientes. Así, en aquellos estados donde el derecho de voto todavía era restringido, su lucha militante y eficaz por el derecho democrático de sufragio consiguió el apoyo de otros demócratas. Como partidos de los menos privilegiados, era lógico que fueran considerados como adalides de la lucha contra la desigualdad y el «privilegio», que había sido el eje central del radicalismo político desde las revoluciones norteamericana y francesa; tanto más cuanto que muchos de sus anteriores adalides —por ejemplo, la clase media liberal— se habían integrado en las filas de los privilegiados.

Pero los partidos socialistas se beneficiaron aún más de su condición de oposición incondicional a los ricos. Representaban a una clase que era pobre sin excepciones, aunque no muy pobre de acuerdo con los parámetros contemporáneos. Denunciaban con pasión encendida la explotación, la riqueza y su progresiva concentración. Aquellos que eran pobres y se sentían explotados, aunque no pertenecieran al proletariado, podían encontrar atractivo ese partido.

En tercer lugar, los partidos socialistas eran, prácticamente por definición, partidos dedicados a ese concepto clave del siglo XIX, el «progreso». Apoya-

ban, especialmente en su forma marxista, la inevitable marcha hacia adelante de la historia, hacia un futuro mejor, cuyo contenido exacto tal vez no estaba claro, pero que desde luego preveía el triunfo continuado y acelerado de la razón y la educación, de la ciencia y de la tecnología. Cuando los anarquistas españoles especulaban sobre su utopía lo hacían en términos de electricidad y de máquinas automáticas de eliminación de desechos. El progreso, aunque sólo fuera como sinónimo de esperanza, era la aspiración de quienes poseían muy poco o nada y las nuevas sombras de duda sobre su realidad o su conveniencia en el mundo de la cultura burguesa y patricia (véase más adelante) incrementaron sus asociaciones plebeyas y radicales desde el punto de vista político, al menos en Europa. Sin ninguna duda, los socialistas se beneficiaron del prestigio del progreso entre todos aquellos que creían en él, muy en especial entre los que habían sido educados en la tradición del liberalismo y la Ilustración.

Finalmente —y paradójicamente—, el hecho de estar al margen de los círculos del poder y de hallarse en permanente oposición (al menos hasta que se produjera la revolución) les reportaba una ventaja. El primero de esos factores les permitía obtener un apoyo mucho mayor del que cabía esperar estadísticamente en aquellas minorías cuya posición en la sociedad era en cierta forma anómala, como ocurría en la mayor parte de los países europeos con los judíos, aunque gozaban de una confortable posición burguesa, y en Francia con la minoría protestante. El segundo factor, que garantizaba que quedaban libres de la contaminación de la clase gobernante, les permitía conseguir el apoyo, en los imperios multinacionales, de las nacionalidades oprimidas, que por esa razón se aglutinaban en torno a la bandera roja, a la que prestaban un claro colorido nacionalista. Como veremos en el próximo capítulo, eso ocurría especialmente en el imperio zarista, siendo el caso más dramático el de los finlandeses. Por esa razón, el Partido Socialista Finlandés, que consiguió el 37 por 100 de los votos en cuanto la ley les permitió acudir a las urnas, ascendiendo hasta el 47 por 100 en 1916, se convirtió *de facto* en el partido nacional de su país.

En consecuencia, los partidos nominalmente proletarios encontraban seguidores en ámbitos muy alejados del proletariado. Cuando tal cosa ocurría, no era raro que esos partidos formaran gobierno, si las circunstancias eran favorables. Eso ocurriría a partir de 1918. Pero integrarse en el sistema de los gobiernos «burgueses» suponía abandonar la condición de revolucionarios o de oposición radical. Antes de 1914 eso no era impensable, pero desde luego era inadmisibles por parte de la opinión pública. El primer socialista que se integró en un gobierno «burgués», incluso con la excusa de la unidad en defensa de la República contra la amenaza inminente de la reacción, Alexandre Millerand (1899) —posteriormente llegaría a ser presidente de Francia—, fue solemnemente expulsado del movimiento nacional e internacional. Hasta 1914, ningún político socialista serio fue lo bastante imprudente como para cometer ese mismo error. (De hecho, en Francia el Partido Socialista no



participó en el gobierno hasta 1936.) En esa tesitura, los partidos mantuvieron una actitud purista e intransigente hasta la primera guerra mundial.

Sin embargo, hay que plantear un último interrogante. ¿Es la historia de la clase obrera en este período simplemente la historia de las organizaciones de clase (no necesariamente socialistas) o la de la conciencia de clase genérica, expresada en el sistema de vida y el modelo de comportamiento del mundo aparte del proletariado? Eso es así únicamente en la medida en que las clases obreras se sentían y se comportaban, de alguna forma, como miembros de esa clase. Esa conciencia podía llegar muy lejos, hasta ámbitos completamente inesperados, como los ultrapiadosos tejedores chasídicos que fabricaban chales de oración rituales judíos en un remoto lugar de Galitzia (Kolomea), que se declararon en huelga contra sus patronos con la ayuda de los socialistas judíos locales. Sin embargo, eran muchos los pobres, especialmente los muy pobres, que no se consideraban ni se comportaban como «proletarios» y que no creían adecuadas para ellos las organizaciones y formas de acción del movimiento. Se veían como miembros de la categoría eterna de los pobres, los proscritos, los desafortunados o marginales. Si eran inmigrantes en la gran ciudad, procedentes del campo o de un país extranjero, podían vivir en un gueto, que coincidía con el suburbio obrero, aunque más frecuentemente estaba dominado por la calle, el mercado, por todo tipo de argucias legales e ilegales, donde sobrevivían a duras penas las familias pobres, sólo algunas de las cuales eran verdaderamente asalariadas. Lo que realmente importaba para ellos no era el sindicato ni el partido de clase, sino los vecinos, la familia, los protectores o patronos que podían hacerles favores y conseguirles trabajo, evitar más que presionar a las autoridades públicas, los sacerdotes, las gentes del mismo lugar en su país de origen, cualquiera y cualquier cosa que hiciera posible la vida en un mundo nuevo y desconocido. Si pertenecían a la vieja clase plebeya de la ciudad, la admiración hacia los anarquistas por su inframundo o su submundo no les hacía más proletarios o políticos. El mundo de *A Child of the Jago* (1896) de Arthur Morrison o el de la canción *Belleville-Ménilmontant* de Aristide Bruant no es el de la conciencia de clase, salvo en el sentido de que el resentimiento contra los ricos aparece en ambos. El mundo irónico, escéptico, totalmente apolítico de las canciones inglesas de music-hall\* que conocieron su edad dorada en este período, está más próximo al de la clase obrera consciente, pero sus temas —la suegra, la esposa, la carencia de dinero para el pago del alquiler— eran los de cualquier comunidad de seres desvalidos del siglo XIX.

No debemos olvidar esos mundos. De hecho, no están olvidados porque, paradójicamente, atraían a los artistas de la época más que el mundo respe-

table, monocromo y, sobre todo, provincial, del proletariado clásico. Pero tampoco debemos contraponerlo al mundo proletario. La cultura de los pobres plebeyos, incluso el mundo de los proscritos tradicionales, se difuminaba poco a poco hasta convertirse en el de la conciencia de clase donde ambos coexistían. Uno y otro se reconocían mutuamente, y donde la conciencia de clase y su movimiento eran fuertes, como por ejemplo en Berlín o en la gran ciudad portuaria de Hamburgo, el mundo misceláneo e industrial de la pobreza encajaba allí e incluso los chulos y los ladrones lo respetaban. No tenía nada que aportar, aunque los anarquistas pensaban de forma distinta. Ciertamente, les faltaba la militancia permanente y, por supuesto, también el compromiso del activista, pero, como bien sabían todos los activistas, lo mismo le ocurría a la gran masa de la clase obrera. Eran inacabables las quejas de los militantes sobre ese peso muerto de la pasividad y el escepticismo. En la medida en que comenzó a surgir en este período una clase obrera consciente que encontraba expresión en su movimiento y su partido, la plebe preindustrial se integró en su esfera de influencia. Y aquellos que no se integraron han de quedar fuera de la historia, porque no fueron sus protagonistas, sino sus víctimas.

\* Tal como cantara Gus Elen:

Con una escalera y unas gafas  
se podrían ver los Hackney Marshes  
si no fuera por las casas de entremedio.